



Lecturas

Cuarto grado

Ser lectores

Tú ya no eres una niñita ni un niño. Tú estás ya en cuarto. En los tres, o cuatro, o cinco años que llevas de escuela, y en la vida diaria, con tu familia, en la calle, en la televisión, ya aprendiste a leer y a escribir muchas palabras. Pero, más allá de esas palabras, hay muchísimas más. Y las palabras son los puentes que nos llevan al conocimiento. Este libro busca prepararte para que puedas leer todos los demás. Los de la escuela y los que vayas conociendo en otras partes. Este libro se ocupa de lo más importante que la escuela debe darnos: hacernos lectores.

Una cosa es saber leer y escribir, estar alfabetizados, y otra cosa es ser lectores: que cada día dediquemos un buen rato a leer por el gusto de leer. Además, claro está, de lo que tengamos que leer para informarnos y para cumplir con nuestras obligaciones escolares. Ser lectores facilita las otras dos metas centrales de la escuela: enseñarnos a convivir y enseñarnos a manejar los números.

En este libro abundan los textos literarios. Textos en que las autoras y los autores hablan de sus sentimientos, o nos cuentan su vida, o la de otros personajes —históricos o imaginarios—, o nos descubren maneras que no conocíamos de ver el mundo. Textos que nos hacen capaces de analizar la realidad con un pensamiento crítico, y que fomentan nuestra imaginación. En realidad, lo más probable es que hayas comenzado a conocer esta clase de relatos antes de que supieras leer y aun antes de que supieras hablar. Cuando tus padres o abuelos o hermanos mayores comenzaron a contarte cuentos, episodios históricos, leyendas, qué aventuras has tenido en tu vida. Quizá ciertas palabras te resulten desconocidas, por eso las hemos consignado en un glosario al final del libro. En los textos, las palabras marcadas con color azul te indican que debes consultarlo.

Frecuentar los textos literarios —dedicarles un rato cada día— nos enseña a salir de nuestra persona para convertirnos en otros. A hacer nuestras las experiencias y las situaciones de otros seres, sus ideas y sus maneras de ver, sentir e imaginar. Nos aficiona a la lectura, nos convierte en lectores. Y, no lo olvides: eso es lo más importante que la escuela puede darte, porque eso te dejará capacitada o capacitado para que sigas aprendiendo durante todos los días de tu vida.

Felipe Garrido
Académico de número
Academia Mexicana de la Lengua

El león y la liebre

Anónimo

En una montaña llamada Mandara, había un león nombrado Durdanta. Dicho león se entretenía en hacer una continua matanza de animales. Éstos se unieron y le enviaron representaciones.

“Señor, le dijeron, ¿por qué destruir así a todos los animales? Todos los días os enviaremos a uno de nosotros para que os alimentéis”.

Y así fue. El león, a partir de entonces, devoró todos los días a uno de aquellos animales.

Cierto día, una liebre vieja, a la que le llegó el turno de servir de pasto, se dijo para sus adentros:



“No se obedece más que a aquél a quien se teme. Y eso para conservar la vida. Si debo morir, ¿de qué me va a servir el demostrar sumisión al león? Voy, pues, a tomarme tiempo excesivo para llegar hasta él. No me puede costar más que la vida ¡y ésa la he de perder! Así habré pasado mis últimos momentos completamente desligada de las cosas de aquí”.

Se puso en camino, deteniéndose aquí y allí para masticar algunas sabrosas raíces.

Por fin llegó adonde estaba el león. Éste, que tenía hambre, le dijo colérico, en cuanto la vio:

—¿Por qué vienes tan tarde?



—No es mía la culpa, respondió la liebre. He sido detenida en el camino y retenida a la fuerza por otro león, al que he jurado volver a su lado, y vengo a decirlo a vuestra majestad.

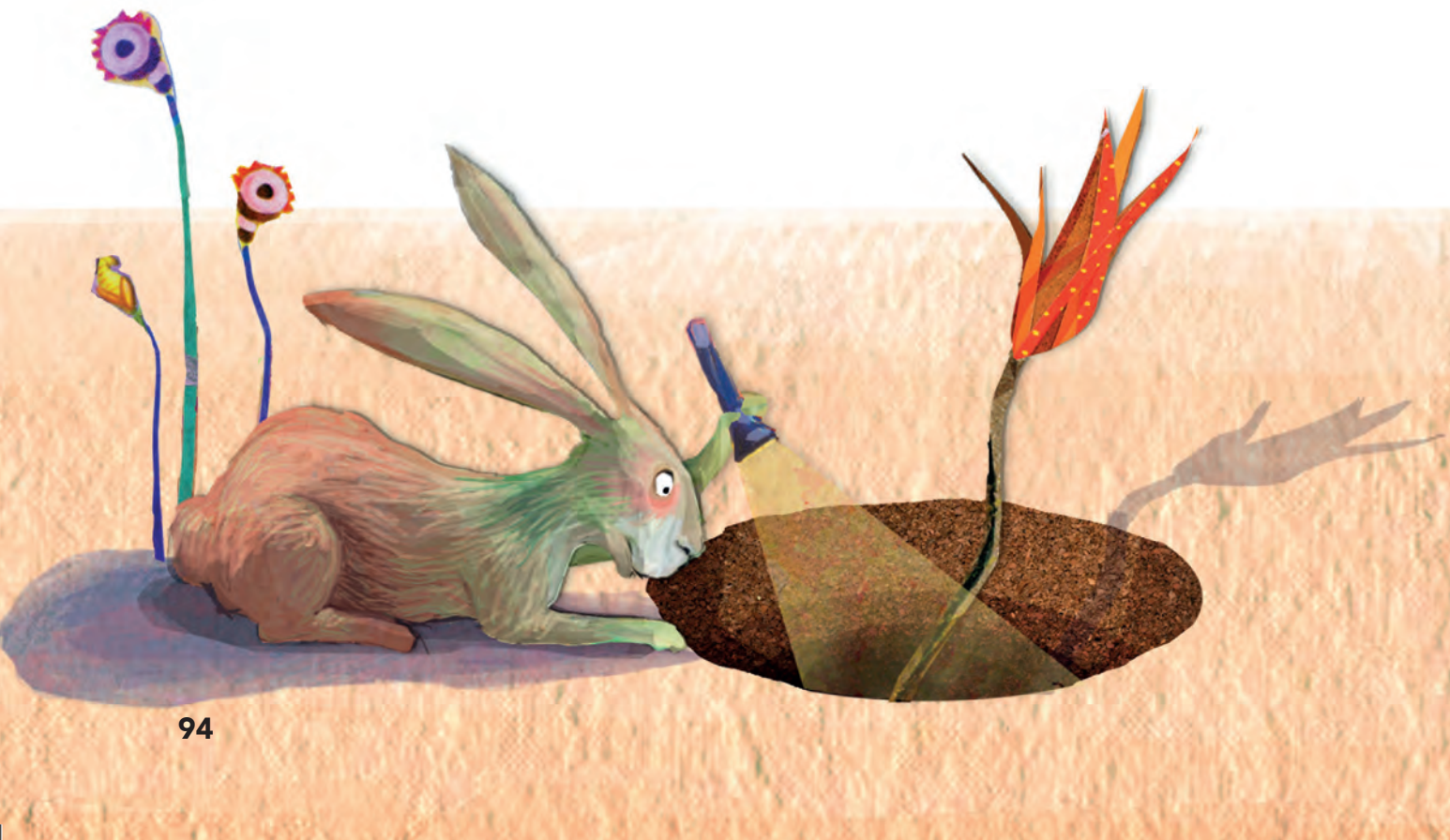
—Llévame pronto, dijo furioso el león, cerca de ese bribón que desconoce que soy todopoderoso.

La liebre condujo a Durdanta junto a un pozo profundo. Allí le dijo:

—Mirad, señor; el temerario está en el fondo de su antro. Y mostró al león su propia imagen, reflejada en el agua del pozo.

El león, hinchado de orgullo, no pudo dominar su cólera, y, queriendo aplastar a su rival, se precipitó dentro del pozo, en donde encontró la muerte.

Lo cual prueba que la inteligencia aventaja a la fuerza. La fuerza desprovista de inteligencia no sirve de nada.



Glosario

- aherrojar.** Poner a alguien ataduras de hierro para someterlo.
- alano, na.** Perro corpulento y fuerte, con cabeza grande, orejas caídas, hocico chato, cola larga y pelo corto y suave.
- antipara.** Prenda que cubre la pierna sólo por delante.
- apear.** Desmontar o bajar a alguien de una caballería, de un carruaje o de un automóvil.
- asaz.** Bastante, muy o mucho.
- asordar.** Ensordecer a alguien con ruido o voces.
- atabal.** Especie de tambor pequeño o tamboril que suele tocarse en fiestas públicas.
- berza.** Variedad de col; planta de color verde intenso, cuyas hojas tienen el borde rizado.
- buhonero, ra.** Persona que lleva o vende baratijas, como botones, agujas, cintas, peines, etcétera.
- diáfano, na.** Dicho de un cuerpo: que deja pasar la luz casi en su totalidad.
- díceres.** Dichos de la gente, habladurías y murmuraciones.
- egregio, gia.** Que destaca o se distingue de los demás por sus cualidades o por sus méritos.
- escorzar.** Hacer un dibujo o una pintura con sentido de profundidad.
- gres.** Pasta compuesta de arcilla y arena, que sirve para fabricar diversos objetos.
- homúnculo.** Ser deforme con algunas características humanas y que ha sido creado por medios artificiales.
- huizache.** Árbol de ramas muy espinosas y flores de color amarillo.
- inconmensurable.** Enorme, que por su gran magnitud no puede medirse.
- jockey.** Jinete de carreras de caballos.
- juil.** Pez de agua dulce de las lagunas del Altiplano, muy parecido a la carpa.
- legua.** Medida de longitud, que en el antiguo sistema español equivale a 5572.7 metros.
- macehual.** En la sociedad náhuatl, persona que pertenecía a la clase social que estaba entre los esclavos y los nobles.
- madrépora.** Coral con forma de árbol.
- malaquita.** Mineral verde, que puede pulirse y suele emplearse para cubrir objetos.
- monodelfos.** Es una de las dos subclases en que se dividen los mamíferos, conocidos como euterios o placentarios.
- moscador.** Especie de abanico.
- opalescencia.** Reflejos de diversos colores, como los del ópalo.
- pinjante.** Joya o pieza de oro, plata u otro material, que se lleva colgada a modo de adorno.
- piragua.** Embarcación pequeña, estrecha y muy liviana que se usa en los ríos y en algunas playas.
- pisciforme.** Con forma de pez.
- pórfido.** Roca compacta y dura, de color oscuro y con cristales de cuarzo.
- quórum.** Número de individuos necesario para llegar a acuerdos.
- rabino.** Maestro que interpreta los textos sagrados judíos.
- recoveco.** Sitio escondido o rincón.
- salmuera.** Agua que sueltan las cosas saladas.
- saudade.** Refiere un sentimiento de nostalgia, añoranza o soledad.
- sinagoga.** Edificio dedicado a la reunión y culto de la religión judía.
- tisú.** Tela de seda entretejida con hilos de oro o plata.
- tlatohuani.** Gobernante de una ciudad.
- tordillo, lla.** Referido a una caballería, que tiene el pelo mezclado de negro y blanco.
- verduguillo.** Arma blanca, como una navaja, un puñal o un estoque.
- zaquizamí.** Enmaderamiento de un techo.

Créditos iconográficos

Mariana Alcántara Pedraza, pp. 47, 59, 74, 121, 133
Diego Álvarez, pp. 17, 36, 38-39, 63
Sharon Barcs, pp. 95-97
Israel Barrón, pp. 12, 76-78, 98-100, 116-119
Patricio Betteo, pp. 22-25, 26, 101
Ángel Campos Frías, pp. 18-19, 44-45, 75, 107
Julián Cicero, pp. 40-41, 56-57, 112-113
Juan José Colsa, pp. 48-49, 54, 58, 90-91, 154, 155
Paloma Díaz Abreu, pp. 32-33, 70-73, 80, 104-106
Julia Díaz Garrido, pp. 142-143
Ixchel Estrada, pp. 30-31, 50-51, 55, 85
Ricardo Figueroa Cisneros, pp. 13, 34-35, 152-153
Mauricio Gómez Morín y David Lara, pp. 20-21, 66, 67, 46-47
Natalia Gurovich, pp. 79, 115
Alejandro Herrerías, pp. 148-151
Claudia Legnazzi, pp. 14-16, 43, 68-69, 144-147
Diego Molina, pp. 82-83, 114, 130-132, 135
Claudia Navarro, pp. 122-129
Gabriela Podestá, pp. 28-29, 92-94, 108-110
Tania Recio, pp. 27, 60-62, 134, 138-141
Esmeralda Ríos, pp. 11, 111, 120
Luis San Vicente, pp. 8-10, 86-89
Mauricio Torres Rivera, pp. 64-65, 136-137
Cecilia Varela, pp. 42, 81
Cuauhtémoc Wetzka, pp. 52-53, 102-103